

Luis Cortés Briñol

LAS PEQUEÑAS MUERTES DE LA VIDA

Una invitación a pensar la pérdida

la esfera  de los libros

Índice

<i>Prólogo. A quien está leyéndome</i>	13
--	----

I

PENSAR LA(S) MUERTE(S)

1. DESVISTIENDO AL PERSONAJE	21
Fui lo que eres tú	21
Yo muero, tú mueres, él/ella muere	22
Esos locos bajitos	26
¿Dónde te escondes, muerte?	29
Congojísimo vértigo	32
¿Muerte, en singular?	35
Biopsia de las pequeñas muertes	38

II
GALERÍA DE MUERTES FIGURADAS

2.	PRETÉRITO IMPERFECTO 43 Ziru 43 Padres, hijos, maestros, amigos y el rey del pop 45 Harpo: mirando a los ojos al numen 52 Los amantes de Teruel 57 Tu media naranja 61 Vías muertas 66	43 43 45 52 57 61 66
3.	SER O NO SER (EL MISMO), ESA ES LA CUESTIÓN ... 71 ¿Dónde está el niño que yo fui? 71 El barco de Teseo 76 En busca de la identidad perdida 81 Dime tu nombre 86 En brazos de Morfeo 93 El fogonazo 100 Bilis negra 106 <i>Recordari</i> 111	71 71 76 81 86 93 100 106 111
4.	MUERTO EN LA POLIS, MUERTO PARA LA POLIS 117 ¡Aún estoy vivo! 117 <i>Damnatio memoriae</i> 125 Un bicho monstruoso 130 Conversos 136 La sopa de eternidad 144	117 117 125 130 136 144

III DOLOR Y DESAFÍO

5.	ANIMALES DE COSTUMBRES	155
	Montparnasse	155
	Un minuto de silencio	161
	Cronos y Kairós	169
	Siguiendo las migas de pan	174
	Negro sobre fondo rojo	182
	Huellas	187
6.	OBJETIVO: MATAR A LAS MUERTES	193
	Omitir una vez más	193
	Singular batalla	195
	Los hijos de la eternidad	204
	Nayeon: la fantasía de la inmortalidad digital ...	212
	Que hablen mal de mí, pero que hablen	216
	El síndrome de Peter Pan	222

IV SATURNO DEVORADO

7.	EL CONSUELO DE LOS FILÓSOFOS	229
	<i>Sôma</i> y <i>sêma</i> : el camino de la sabiduría	229
	<i>Têtrafármakon</i> : un remedio en cuatro partes	234
	<i>Perì phýseos</i> : la imagen especular	239
	Ataraxia: dejad de quererme	243
	<i>Bíos</i> y <i>zoé</i> : dos vidas en una	250

8.	UN VIAJE HEROICO	255
	El coronel Chabert	255
	Renacimientos	256
	<i>Murimuri</i>	262
	Aprender de las pequeñas muertes	266
	Contraindicaciones para «pequeñomurientes» ...	271
	Un rayo muriente de sol	275
	<i>Epílogo. Memento vivere: no te olvides de vivir</i>	281
	<i>Agradecimientos</i>	285
	<i>Bibliografía</i>	287

*A mis padres, Luis y Laura,
que me dieron la vida; esa de la que a veces,
injustamente, me duelo.
Os debo el niño que fui y el adulto que soy.*

*A mi hermana, Adriana,
la persona que mejor conoce a todos los Luises que he sido.*

*A la memoria de mi abuelo Andrés Briñol Echarren,
que supo muy pronto que terminaría dedicándome
a escribir libros, como hizo él.*

*Y a la de todos mis ausentes,
que siguen conmigo presentes.*

Prólogo

A QUIEN ESTÁ LEYÉNDOME

«No pienso absolutamente nunca en la muerte.
Y en caso de que usted pensara en ella, le recomiendo
hacer como yo, escribir un libro sobre la muerte
[...] antes que hacer un problema de ella».

VLADIMIR JANKÉLÉVITCH, *Pensar la muerte*

Creo que el consejo de Jankélévitch llega tarde. La muerte se me hizo un problema, y de los gordos. Procurando desenredarlo, he escrito el libro, aunque todos los libros empiezan a escribirse mucho antes de su primera palabra. Este no es una excepción. Comenzó a tomar forma, sin yo saberlo, cuando a mis cinco años vi morir a una paloma en el patio del colegio. Mis compañeros de clase la tocaban con palos y reían unánimes, llevados por la curiosidad, en un juego que intuí cruel. La azuzaban para que levantara el vuelo. Unos torpes aleteos últimos y dejó de moverse. Sentí que algo importante acababa de ocurrir. Me quedé allí de pie, mirando, un largo rato, a solas. Los demás perdieron pronto el interés, mientras una incomprensible tristeza me recorrió por dentro. Desde entonces, una y otra vez, he vuelto al tema de la muerte; o la muerte ha vuelto a mí, según se mire.

Cuantas más vueltas le doy, más claro lo veo: es el personaje de ficción más rentable de la historia de Occidente. Un buen día cubrimos el miedo con estrafalarios y oscuros ropajes, lo aupamos a un caballo, guadaña en mano... *et voilà!* Salió a escena la horrenda imagen de la muerte, terrible y lúcida, una amiga con la que nadie quiere toparse, el recuerdo ofensivo de nuestra insignificancia. Compuesta y sin novio, la escondimos en el fondo del armario, bajo toda clase de ardidés culturales y tabús, regalándole poemas y mitos. Pero hemos puesto el acento en la sílaba equivocada.

No es solo que la muerte no viniera de ningún lugar (fue nuestro insospechado polizón desde el principio), sino que, en sí misma, es un artificio de la imaginación. Siendo estrictos no es algo sobre lo que quepa decir apenas nada, salvo que niega las propiedades de la vida. Así es, al menos, para la muerte física que corrompe nuestro cuerpo, la gran muerte. Entretenidos pintándola con aspecto siniestro hemos olvidado que, de hecho, estamos bastante acostumbrados a morir.

¿Cuántas veces has muerto? De vez en cuando me gusta hacer esta pregunta, una benévola provocación. A riesgo de que me tomen por loco, creo que adelanta la fuerza de un argumento que es, al mismo tiempo, una vivencia descarnada: los finales de cada etapa vital, el final de un gran amor, de los seres queridos, de la forma de pensar anticipan nuestro desaparecer. Son algo así como los ensayos de una obra de teatro que no queremos representar. Nos arrebatan el sueño de permanencia, impiden que sigamos abrazando a quienes amamos, resquebrajan nuestra identidad. Otras

veces los ponemos en marcha por iniciativa propia, para que se alíen con nuestros planes. En cualquier caso, nos obligan a preguntarnos cuánto queda de nosotros con el paso del tiempo. Impuestos o buscados, dichos finales son las pequeñas muertes de la vida, y a ellas dedico este libro.

Como si fuera un cronista de mis propias guerras metido a filósofo mundano, me he propuesto indagar en las muertes metafóricas y su relación con la gran muerte, el lienzo sobre el que se dibujan. Me interesa hacerme una idea de cómo son, de qué se componen y en qué posición nos dejan. También si podemos hacer algo con ellas (o contra ellas). Porque algo habrá que hacer, ¿no? Para que nos ayuden a explorar los vastos dominios de la pérdida, he recurrido a mis fieles escritores muertos —algunos *muy muertos*—: narradores, poetas y filósofos que, antes de nosotros (y, a menudo, mejor), pensaron y escribieron sobre estos asuntos, cada uno a su aire. Me arroparán cuando haga memoria no solo de argumentos, sino de algunas vivencias propias, porque nuestro morir es (humanos, demasiado humanos) profundamente íntimo.

Es difícil escribir sobre la muerte sin decir obviedades, sin caer en los tópicos depositados capa a capa como los estratos geológicos. Claro que, bien mirados, dicen mucho más de lo que dicen. Intentaré servirme de ellos (y de mis amadas etimologías) para sacar a la luz unas pocas de las atractivas historias que nos cuentan.

Una última aclaración, para evitar decepciones. Este no es un libro *de* filosofía, pero sí es un libro *con* filosofía (¿cómo podría no serlo?, ¡la filosofía está por todas partes!).

Cada cual tiene una filosofía propia, de andar por casa, rezagada y comodona. Algunos, además, nos esforzamos por refinarla, haciéndola menos arbitraria y caprichosa, lo que exige ser sistemático y cargar con un complejo armazón conceptual. Cada saber tiene sus códigos, y está bien que así sea. Pero en esta ocasión me he alejado deliberadamente de los rigores de la escritura académica, adentrándome en el juego de la metáfora. Soy consciente de que resultará insatisfactorio para algunos lectores. Tiene su sentido, qué puedo decir. El filósofo se lo toma todo en serio, y cabe exigirle rigor; el poeta, trabaja con sugerentes ficciones, sin importarle su racionalidad. Unos y otros, peleados desde tiempos de Platón, se pasean por este libro con provocativos andares. Unos y otros tienen mucho que decir sobre las pequeñas muertes.

Podría hacer mía la advertencia de Michel de Montaigne, que hace casi quinientos años revistió el género ensayístico de un pulso personal como nadie antes: «Lector, este es un libro de buena fe. Te advierte desde el inicio que el único fin que me he propuesto con él es doméstico y privado. [...] Si hubiese sido para buscar el favor del mundo, me habría adornado mejor, con bellezas postizas». Siguiendo los pasos del francés, y con permiso, no disimularé mi intención de tratar este tema de tú a tú, con la cercanía que merece.

Te propongo, pues, que hagamos juntos el ejercicio doméstico de devolver a la muerte a su natural territorio, la vida, reflexionando sobre sus símbolos y metáforas, ligadas siempre a la pérdida. Hablemos de muertes y no de muerte,

pues nunca fue una. Desvistamos al negro personaje y vistamos a sus pequeñas secuaces, las únicas que nos toca experimentar.

Hace tiempo una amiga me preguntó: «¿Alguna vez has muerto?». Dejé pendiente escribirle, como hago tantas veces, para poder explicarme mejor. Tal vez este libro sirva, en parte, como respuesta.

Tuya es mi invitación.

|

PENSAR LA(S) MUERTE(S)

DESVISTIENDO AL PERSONAJE

FUI LO QUE ERES TÚ

«Nunca es demasiado pronto para aprender
que los coches fúnebres no siempre son para los demás».

LUCIEN JERPHAGNON, *Elogio del pesimismo*

Otro de los momentos estelares de mis incipientes reflexiones mortales ocurrió unos sanfermines, años después de mi experiencia con la paloma. En sanfermines la vida y la muerte lucen más intensas. Lo supo Hemingway, lo saben los corredores del encierro, que arriesgan su vida por un instante de arrebatadora emoción, lo supieron mis abuelos maternos (que se conocieron en sanfermines y vivieron juntos hasta que la muerte los separó). Y lo supe yo, a mi manera de niño, aquella cálida noche de julio en Pamplona, mientras me miraban los ojos sin ojos de la pequeña calavera. La compré en

el mercadillo de artesanías —nosotros los llamamos los *hippies*— que se instala año tras año en los jardines de la Taconera. Del puesto más exótico de todos, regentado por un hombre que dijo ser egipcio, salía un hilillo blanco de humo denso con olor a sándalo. Las máscaras africanas se amontonaban junto a pipas de todas las formas, colgantes con amuletos y estatuas con formas de animales. Y ahí estaba, sobre un mantel morado de terciopelo, el cráneo huesudo de escayola pintado a mano. Escrito a rotulador, en su frente: «Fui lo que eres tú. Serás lo que soy yo».

Pasé todo el camino de vuelta a casa, calavera en mano, pensando en qué podía consistir ser un muerto. No era la primera vez que me venían a la cabeza cosas parecidas, pero aquella noche, dejando atrás con mi familia la atmósfera densa del incienso y los rítmicos golpeteos de los yembés, añadí un matiz a mi enmarañado discurrir: morir era, al parecer, una forma de estar en el mundo.

YO MUERO, TÚ MUERES, ÉL/ELLA MUERE

«Sin el lenguaje no habría habido entre los hombres ni república, ni sociedad, ni contrato, ni paz, en mayor grado del que estas cosas pueden darse entre los leones, los osos y los lobos».

THOMAS HOBBES, *Leviatán*

Quizá el más grande de todos los descubrimientos que hacemos desde que venimos al mundo, el más determinante de los aprendizajes, sea la lengua materna. Dentro de sus confi-

nes aprendemos a conjugar los verbos, un ensayo de conjugación del mundo.

De niños comprendemos fácilmente las normas, pero nos cuesta entender sus excepciones. Por eso somos buenos aplicando una pauta regular a todo. *Morir*, verbo irregular que se conjuga como *dormir*. En la lengua general actual —dice la RAE— funciona como intransitivo, con el sentido de «dejar de vivir», por lo que, lógicamente, no admite su construcción en pasiva. De *dormir*, *morir*, y de *dormido*, *morido*. Lógico. Sin embargo, cuando el niño dice *morido*, haciendo gala, sin saberlo, de su portentosa maquinaria cerebral, despierta la sonrisa del adulto, seguida de una inmediata corrección. *Morir* no se comporta como debería. ¿Qué es eso de *morido*? Se dice muerto, y punto (con la muerte no se negocia). El niño ignora que *morido* es hoy un vulgarismo inaceptable; el adulto ignora, tal vez, que dicho participio regular se usó hasta el siglo xvii. El adulto tiene razón, pero porque *morir* dejó de cumplir la norma.

La norma dice que el presente de indicativo se conjuga así: yo muero, tú mueres, él/ella muere... Y es justo al revés como vamos aproximándonos a esa cosa rara llamada muerte. Hubo un momento en la prehistoria (un momento de cientos de miles de años) en el que los humanos empezamos a distinguir entre el *eso muere* de la presa cazada y el *tú mueres* de un miembro del grupo, para inferir —confusos— un *yo moriré*. La autoconciencia, caprichosa ella, tuvo el singular efecto de distanciarnos de los demás, a paso lento, para facilitaros que nos pongamos en su piel: el *otro* es parte importante de mí, de la tribu, pero *no es yo*.

Así, cada niño, cada niña, recorrerá en unos pocos años el mismo camino que anduvimos como especie: hacerse cargo de su herencia mortal. Y conjugará el verbo que se resiste. Muere él o ella, el vecino, la profesora, el señor que cruzaba despistado por el paso de cebra. Muere el *tú* a quien la tierna mirada se dirige, el *tú* distinguido del paisaje, un *tú* que es todos los demás. Pasados los años, la sombra del verbo irregular se va como poco a poco desplegando y nos alcanza: muero *yo*. Saber eso lo cambia todo.

Siempre ha sido así. La idea de la muerte propia es como un cuerpo extraño que no se termina de digerir. Ni lo podemos expulsar, ni se termina de incorporar a nosotros. Se queda dentro, como decía Nietzsche de la filosofía. Tan pronto llegamos a sabernos mortales, se nos atraganta la vida. Y como un clavo saca otro clavo, la muerte (más bien el espanto de la muerte) inspiró toda clase de filosofías, por mucho que Espinosa (en la bibliografía lo verás escrito Spinoza, pero me gusta castellanizarlo: era de ascendencia hispano-portuguesa) dijera que «el hombre libre en ninguna cosa piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida». Vaya que si pensamos en ella. No hay ni hubo persona libre o esclava, filósofo o artista, artesano o soldado, agricultor o científico que no haya reparado en la extrañeza de la muerte. El mismo Espinosa, genio filosófico de categoría, aludió en su *Ética* más de veinte veces al tema de la muerte, aunque fuera para animarnos a combatir las supersticiones que la rondan. Cuesta encontrar un solo

filósofo sobre la faz de la tierra —no digamos ya un poeta— que no se pronunciara (con mayor o menor sensatez) sobre la muerte. Será que no somos libres, que somos presas del malsano temor.

Y es que pensar en la vida humana sin pensar en la muerte es un imposible, la segunda es el punto de fuga de la primera, donde convergen ansias y planes. La última parada. Hasta en los momentos más felices se descuelga un pensamiento, ya maduro, que nos hace recelar («cuando Fortuna nos descubre su bello rostro, es precisamente cuando la tormenta comienza a cernirse sobre nuestra cabeza», dijo Píndaro). Nace un bebé, alegría, buena nueva, y la sombra de la muerte se suma a la fiesta, comienza su acecho. Lo primero que se pregunta: «¿El bebé está sano?». Queremos saber si está lejos, todo lo lejos que pueda estar, de la muerte.

La conciencia de la muerte nace como intuición y madura como certeza, brota de lo universal y se expresa en lo particular. Mientras que el resto de seres vivos mueren, nosotros *tenemos que morir*. Morir es nuestra *necesidad*. Para las demás criaturas su propia muerte es algo ajeno a ellas, dictado por la genética. Desarrollan su ciclo biológico sin aspavientos, con la premura que los instintos han marcado. La muerte y los impuestos, afirmó Daniel Defoe, son las dos únicas cosas completamente ciertas en la vida. De lo segundo sabemos mucho los autónomos; por lo primero, se han preocupado todas las tradiciones metafísicas. Y los niños.

ESOS LOCOS BAJITOS

«Cargan con nuestros dioses y nuestro idioma
Nuestros rencores y nuestro porvenir
Por eso nos parece que son de goma
Y que les bastan nuestros cuentos
Para dormir...».

JOAN MANUEL SERRAT, «Esos locos bajitos»

Cuando tenía unos seis años empecé a pensar en algo de forma obsesiva: ¿cómo sé que voy a morir? Todo apuntaba a que mi final llegaría, pero... ¿seguro? ¿De dónde provenía la certeza con la que hablaban los adultos? Imaginaba vivir aislado del mundo, sin referencias sobre la muerte, sin haber visto jamás un cadáver, ni la paloma ni la escultura con forma de calavera. ¿Sabría que iba a morir, que se puede morir? Llegué a la conclusión de que no. Moriría tarde o temprano, claro, pero sin llegar a saber que era mortal. Nuestra conciencia de la mortalidad nos viene de refilón, a través de la experiencia de la muerte del otro. Necesito ver *lo muerto* para inferir, por inducción, que también se aplica a mí. Mi conclusión me fascinó, aunque su resultado no me hacía, ya por entonces, ninguna gracia.

Supongo que aquello que dijo Freud de que, en el fondo, nadie cree en su propia muerte, es verdad. Tengo más dudas sobre que «en el inconsciente, estamos convencidos de nuestra propia inmortalidad», como pensaba el padre del psicoanálisis. Sobre todo porque nadie sabe qué demonios es el inconsciente. Lo que está claro es que, por mucho que

hasta el momento la mortalidad de los seres humanos alcance el promedio del 100% —como señaló con humor Odo Marquard—, hay algo en ser caducos que se nos resiste. Al fin y al cabo, nadie que haya muerto puede atestiguar cómo es eso. Personalmente, creo que cuando llega el último aliento no hay un *más*, ni un *allá*. Con la gran muerte se acaba el «yo». Telón. Existimos mientras exista nuestro cuerpo. Siendo él caduco, lo somos nosotros.

De pequeños pasamos los días en el paraíso terrenal del cachorro, sin mayor propósito que jugar y divertirnos, dicen los encargados de las escuelas infantiles. Es mentira: estamos tramando un plan para desarticular las verdades del mundo. En su invariable estrategia, los niños nunca dan la espalda a los asuntos espinosos. Exigen explicaciones, pormenores, detalles, hasta quedar satisfechos, cosa que nunca ocurre. Si hay un tema que reclama su curiosidad es el de la muerte. Más que preguntar, interpelan.

Hace poco tuve que enfrentarme a la batería de dudas del hijo de una buena amiga, mientras les enseñaba la Catedral de Pamplona. Su vocecita de cinco años se interesó por el Cristo de Caparroso, una talla del gótico tardío en madera policromada que representa la crucifixión. Los brazos y el costado ensangrentados son bastante explícitos. Le conté con cierta parsimonia el proceso de condena que condujo al profeta a la cruz (me encanta dar a los niños muchas más explicaciones de las que piden). El caso es que no le importaba mucho por qué lo ejecutaron, qué hizo para terminar

así; quería saber cómo murió, exactamente. Le di algunos detalles, evitando lo truculento. Cada respuesta suscitaba en él una nueva pregunta. Hasta que llegó la más importante: «¿Qué ha pasado con él?». «Pues que murió, cariño», le dije. «No, ¿pero luego qué ha pasado?». Lo que quería saber, pronto me di cuenta, era qué ocurrió con el cuerpo. ¡Pues claro! La relación entre la persona fallecida y su cuerpo es el núcleo de los rituales fúnebres de todas las culturas. Le expliqué que Jesús de Nazaret, humano como él y como yo, fue enterrado. «Pero entonces no podrá respirar», replicó con gesto de preocupación. «Ya no necesitaba respirar», añadí para tranquilizarlo. Tendrías que haber visto sus ojitos, tan abiertos, fijándose en cada detalle del retablo, como si intentara confirmar mis palabras mediante algún indicio claro. Su infantil pero aplastante lógica lo conducía a una sola conclusión: mientras haya un Jesús, necesitará respirar, por muy enterrado que esté. Su madre caminaba hacia nosotros en ese momento. Preferí cederle a ella el engorroso tema de la resurrección.

Ser niño es, sobre todo, ponerles nombre a las cosas. ¿Cómo se le pone nombre a la muerte? Asociándola con un límite. Hay ciertas palabras *absolutas*, como «todos», «nadie», «siempre», «nunca»... que, por serlo, tienen algo de amenazador. «Muerte» y «muerto» son palabras especiales en la caja de herramientas de un niño. Dos que todavía no maneja con soltura, cuya misteriosa utilidad le está reservada para más adelante; un límite, un para siempre, un nunca más.

¿DÓNDE TE ESCONDES, MUERTE?

«El mayor esfuerzo de la vida
es no acostumbrarse a la muerte».

ELIAS CANETTI, *Libro de los muertos*

La muerte tiene la habilidad de esconderse. A veces lo hace a simple vista. Vivimos cada día sorteando la muerte y matando para vivir. Comer nos mantiene alejados de la muerte, a costa de dársela a plantas y animales. Un inocente paseo por el parque siega decenas de vidas, que pisamos con total indiferencia. Cada lavado de manos extermina miles de bacterias. Matando morimos más despacio. ¿Te parece mal? Es la vida misma, que se abre camino. «Que la muerte es también la juventud del mundo —escribió Bataille—, la humanidad acepta ignorarlo». No culpes al destino, culpa a la pluricelularidad. La muerte es el peaje que pagamos para asegurar la supervivencia de la especie (contamos a cambio con la reproducción sexual y sus placenteros mecanismos asociados).

Otras veces usa las palabras para agazaparse, aprovechándose de nuestro arte moviendo los nombres de lugar. Con las metáforas damos a una cosa el nombre que pertenece a otra, siendo bienhablados, o sea, eufemísticos. Y así, para mantener a raya la palabra de mal agüero, trasladamos «ha muerto» por «descansa en paz». Los eufemismos están ahí para quitarle hierro al asunto, para evitar ofender (normalmente, a nosotros mismos). Según Fernando Lázaro Carreter (un señor que sabía mucho de palabras) los eufe-

mismos delatan siempre temor a la realidad, un deseo vergonzante de ocultarla y afán de aniquilarla. No se me ocurre mejor ejemplo de uso que la muerte. De ahí la proliferación de alternativas que reclutamos para evitar el verbo «morir»: partir, apagarse, expirar, faltar, descansar, finar, irse y tantos otros.

La muerte es el hecho natural del que hablamos con menos naturalidad. Se esconde bien bajo el maquillaje (el del muerto y el de los vivos). Hay una profilaxis de la muerte. El refinamiento técnico de nuestros días permite distanciarse de ella bajo la más estricta lógica higiénica. Nada de cadáveres descompuestos ni olores ni lutos espectaculares: una muerte maquillada. Lo mismo para las expresiones de sufrimiento en los tanatorios: gafas de sol, antiojeras, lo que haga falta para disimular por fuera que estamos rotos por dentro. Tanatopraxia del dolor. La muerte ha vuelto a ser algo privado, casi imperceptible, excluido del vivir cotidiano. No siempre fue así, claro.

Durante la Edad Media la muerte fue omnipresente. Los constantes recordatorios de nuestro destino (*memento mori*) subrayaban la fugacidad de una vida que, por otra parte, no era gran cosa. Asediada por calamidades varias, acechando en forma de pestes, guerras y pobreza, la guadaña cortaba el hilo de la vida con suma facilidad. La escasez de cuidados médicos colaboraba en el reclutamiento de las almas piadosas, que no tenían más remedio que resignarse y confiar su fe a la *otra vida*. Resignación cristiana que las danzas de la muerte representaron con poder igualador. Tanto podía fijarse la dama de negro en el rey como en el más harapiento

mendigo, todos estamos invitados a su baile. Los esqueletos empezaron a desfilan en el arte del siglo XIII, y lo coparon en el Renacimiento. La muerte es un muerto que mata (¿será que quiere vengarse por excluirlo de nuestro mundo de vivos?).

Estas lúgubres inclinaciones hicieron de la muerte un personaje mucho más familiar y público de lo que es hoy. Los cementerios estaban junto a las iglesias, y los muertos permanecían en el centro de las poblaciones. Se convivía más con la muerte, pero eso no quiere decir que se muriese *mejor*. No nos engañemos: nos cuesta horrores ver algo natural en desaparecer, por mucho que nuestro morir, como pintó Pieter Brueghel el Viejo en su impresionante *El triunfo de la muerte*, esté anunciado por las trompetas del Juicio Final.

Tiene sentido que fuera un científico, el microbiólogo ruso y premio nobel Iliá Ilich Méchnikov, quien usó por primera vez el término tanatología para describir a la ciencia encargada de la muerte. Fue pionero en el estudio de los fagocitos, células capaces de envolver al enemigo y *comérselo*, así como de barrer los restos de basura que encuentren a su paso (son eficaces limpiadores y verdugos de bacterias a jornada completa). La tanatología se hacía necesaria tras el fracaso de la religión —a juicio de Méchnikov— para explicar la vida y todo lo que rodea su fin. Recogiendo el testigo, el psicólogo estadounidense Herman Feifel introdujo la incómoda presencia de la muerte —incomodísima entre el público norteamericano— como tema de discusión científica. Médicos, teólogos, psicólogos y filósofos

encendieron los debates tanatológicos, sacando, por fin, a la dama de negro del ostracismo académico.

La muerte no se escondía, la escondimos. Tuvimos que hacerlo, presas de un conflicto: estar dentro y fuera de la naturaleza, vivir entre los límites de lo mecánico y de lo libre; ser, tú y yo, organismos caducos y, maldita la gracia, saber que lo somos. Hoy parece que, muy poco a poco, aparecen tibios intentos por sacar la muerte a que se airee, que falta le hace. Los «cafés de la muerte», impulsados por el sociólogo suizo Bernard Crettaz, buscan acercarla a la sociedad (como si hubiera pasado una temporada en algún otro lugar, desubicada). Aunque nos dé repelús, la muerte es mejor *hablarla*.

Compartidos, los fantasmas dan menos miedo.

CONGOJÍSIMO VÉRTIGO

«Este morir, esta postrera suerte
es imagen del miedo repetida;
en cuanto a ser imagen tan temida,
pues la imaginación la hace tan fuerte».

GABRIEL BOCÁNGEL, *Sonetos*

Mira que lo intenté, pero cada vez que estuve a punto de rozar la idea de mi propia muerte, se evaporaba, se hacía niebla vaga entre los árboles, una pompa de jabón estallando tras perder su frágil envoltura. «¿Cómo es estar muerto?», me pregunté tantas veces antes de que, como decía mi abuelo, me

entrara el fundamento. No es que fuera un niño lúgubre (no haría honor a la verdad imaginarme como un miembro de la familia Adams), pero sí que le daba muchas vueltas a este asunto del morir. Mientras imaginaba mi muerte, seguía estando allí. Me veía a mí mismo tumbado, con los ojos cerrados, más pálido tal vez. Era incapaz de abstraerme de mis percepciones. Más tarde comprendí dónde estaba el error y pude refutar el lema de mi pequeña calavera: la muerte no es un estado en el que vaya a *estar* nunca. Para estar muerto, hay que ser. Y tras la muerte, sencillamente, no somos. «¿Y cómo es *no ser*?» —insistía mi voz interior—. De ningún modo. En sentido estricto, nadie *está* muerto. Quien *está algo* (muerto, vivo, contento, enfermo, estresado) es el sujeto. Sin sujeto, no hay un *estar*. Así que cuando mueres, ya no estás (ni muerto ni ninguna otra cosa).

Si no me crees, procura imaginar lo que sientes cuando estás inconsciente. Por mucho que te esfuerces, no puedes: sin consciencia no hay sensación alguna. Toda conjetura en ese sentido será una falsificación. Si vamos más lejos, si extendemos la inconsciencia a la inexistencia, la cosa ya se torna imposible.

Unamuno lo tenía claro: no podemos concebirnos como no existiendo. Ahí radica el vértigo que provoca pensar en la muerte de uno mismo. Usó la castiza expresión que encabeza este apartado:

Intenta, lector, imaginarte en plena vela cuál sea el estado de tu alma en el profundo sueño; trata de llenar tu consciencia con la representación de la inconsciencia, y lo verás. Causa

congojosísimo vértigo el empeñarse en comprenderlo. No podemos concebirnos como no existiendo.

¡Congojísimo vértigo! Y que lo diga, don Miguel. Como mucho, podremos imaginar nuestro cuerpo sin vida, nuestro entierro, el mundo girando sin nosotros. Pero en la medida que observamos, seguimos *estando*, siendo testigos de algo, meros espectadores. Nunca tendremos a nuestro alcance pensar la muerte *desde dentro*. Ante la imposibilidad de imaginar nuestra no existencia, nos sentimos acongojados (por no decirlo de otra forma, más vulgar, que empieza y termina igual, y describe bien cómo se queda uno cuando piensa demasiado en estas cosas).

Para Unamuno, y coincido con él, la imposibilidad de concebirse como no existiendo está ligada a la imposibilidad de concebirse sin cuerpo. Existir como individuos es, pues, permanecer siendo cuerpo, finito, mortal de necesidad. «La vida es física», escribió el poeta Watanabe.

De lo anterior cabe inferir algo interesante: la muerte no es una experiencia, es ininteligible, no la podemos trasladar al pensamiento, salvo de forma indirecta. Es su aproximación oblicua lo que nos asusta tanto: interrumpe nuestro proyecto de vida, deja descuidados a quienes dependen de nosotros y, a menudo, equivale a deterioro, sufrimiento, agonía. Por ello confundimos la muerte con el morir. La verdadera congoja, más allá de experimentos mentales irresolubles, está en imaginar cómo será nuestro morir. Un miedo paradójico: miedo a lo desconocido y miedo a conocer.

Pascal dijo que es más fácil soportar la muerte que pensar en ella. No lo sé, pero puestos a soportar, ¿quién dijo que muerte solo hay una?

¿MUERTE, EN SINGULAR?

«¿Es preciso que el dedo de la muerte se pose en el tumulto de la vida de vez en cuando para que no nos haga pedazos? ¿Estamos conformados de tal modo que a diario necesitamos minúsculas dosis de muerte para ejercer el oficio de vivir?».

VIRGINIA WOOLF, *Orlando*

Hay preguntas que son difíciles porque no tienen una respuesta; otras lo son porque tienen muchas. A esta categoría pertenece ¿qué es la muerte? «Muerte» significa cosas distintas según el sentido en el que se emplee. ¿Es lo opuesto a la vida? Hay quien así lo entiende. Pero tal definición haría muertas a las piedras. Mejoraremos un poco las cosas si apuntamos a lo que tuvo vida y ya no la tiene, si bien estamos escurriendo el bulto. ¿Qué es la vida, pues? Otra preguntita difícil donde las haya. Hay seres de los que decimos, sin ninguna duda, que viven, mientras que otros, como los virus (y algunos políticos), pueden clasificarse como vivos o como inertes según la definición de vida que nos guíe.

En el caso humano tenemos, por un lado, la vida física, la vida de *Homo sapiens sapiens*, animal que, con todas sus rarezas, sigue siendo un primate. Un humano está oficial-

mente muerto (es una forma de hablar, ya hemos convenido que, en sentido estricto, nadie está muerto) cuando un médico lo dictamina. Pero la muerte no es instantánea ni total. El cuerpo muere poco a poco, y algunas de sus células siguen vivas días después del óbito. No hay una barrera exacta, sino una secuencia de procesos, que cada época fija por razones prácticas. Hasta mediados del siglo pasado, cuando moría el cerebro, lo hacía asimismo el resto del cuerpo, y viceversa. El desarrollo técnico actual permite mantener, durante un tiempo, las constantes vitales de sujetos cuyo cerebro se ha apagado para siempre: es la muerte encefálica. ¿Está vivo ese sujeto? Según la tradición médica antigua, mientras el paciente respire (por su cuenta o artificialmente), está vivo. Hoy, en cambio, se lo considera muerto, aunque su corazón siga latiendo gracias al soporte artificial. Podríamos decir que está en un limbo entre la vida y la muerte, más cerca de la segunda que de la primera.

Por otra parte, el ser humano no es un animal más. Te decía antes que la vida humana es más que vida biológica: es organismo que envejece, procesos metabólicos y ciclo natural, pero también historia interrumpida, artificio médico, conciencia de finitud. Somos los únicos animales que teorizan, escriben, crean instituciones, proyectan sus vidas y la sacan del tiempo presente con una complejidad absolutamente inalcanzable para el resto de especies. Se lo debemos a nuestra gran inteligencia, la que nos permite transformar el entorno y tejer una vastísima red de símbolos y lenguajes, de conceptos e ideas. Filosóficamente hablando es un salto cualitativo. Lejos de formar parte sumisa ante las causas y efectos

del universo, damos un sentido a nuestra vida y pedimos explicaciones a nuestra muerte. Además de humanos, podemos ser personas, lo que esconde una vulnerabilidad añadida: mueren las personas sin que lo hagan los humanos. Esto que te cuento es crucial, volveremos a ello más adelante.

Ya ves cómo la vida y la muerte no tienen vocación de absoluto; incluso en su sentido más físico, protegen fronteras menos definidas de lo que nos gustaría. De ahí los apellidos. Muerte cerebral, muerte legal, muerte biológica, muerte aparente... No hay, por tanto, una muerte, hay muchas. Está la muerte que nos mata en un sentido total, que nos destruye físicamente, con la que nunca vamos a coincidir. En términos médicos se corresponde con la pérdida irreparable de la capacidad de consciencia. La llamo la gran muerte, la única muerte que admite el singular. Ferrater Mora la llamaba «mortalidad máxima» (para distinguirla de la muerte de los otros, que sería una «mortalidad mínima»), y Jankélévitch se refería a ella como «muerte en primera persona». A las formas de morir que podemos experimentar, las que nos matan dejándonos vivos, las he llamado pequeñas muertes.

No hay que dejarse engañar: son pequeñas pero matonas. Nos encogen, nos dejan marcas (marcas mortales), y, aunque no se pueden separar de la gran muerte, su línea de fuga, constituyen la mayor afirmación de la vida que vayamos a encontrar.

Echemos mano del microscopio para verlas más de cerca.

BIOPSIA DE LAS PEQUEÑAS MUERTES

«Ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente».

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD, *Máximas*

Mi regalo favorito de pequeño fue un microscopio. Aquel aparato negro era como tener otros dos ojos, pero con superpoderes. Una ventana mágica al mundo. No había metro cuadrado del suelo de casa que quedase fuera de mi concienzudo escrutinio. Ya en la universidad, los potentes microscopios de la facultad de ciencias hicieron mis delicias. La mayor parte de los seres vivos que existen en nuestro planeta son invisibles a simple vista. Pero están ahí.

Si pudiéramos extraer una muestra de pequeña muerte y analizarla en el laboratorio, nos llevaríamos una gran decepción. A primera vista, su composición no es muy distinta que la de cualquier otra experiencia humana: amor, tiempo, memoria. Tres ingredientes que conforman el tejido sobre el que crecen las pequeñas muertes: la pérdida. El primer elemento, el amor en su sentido más amplio, es fuerza vital, impulso, proyecto, deseo. Cuando el tiempo corrompe nuestro vínculo con lo amado, hace que la memoria duela, dando a luz a la pequeña muerte.

Con lentes más potentes empezariamos a distinguir formas y podríamos aventurar alguna clasificación, por poco exhaustiva que sea. En un primer grupo tendríamos las pequeñas muertes de los seres queridos, que con su gran muerte, o saliendo de nuestra vida, nos roban una parte de nosotros mismos. Son las muertes del otro. El segundo gru-

po lo conformaría la muerte (metafórica) de nuestra forma de ser, nuestra consciencia e identidad psicológica. Son las muertes del «yo». Y está, por último —muy relacionado con el anterior—, el tercer grupo: cuando estamos muertos ante la mirada de los demás. Son las pequeñas muertes cuyo componente social, político, es el núcleo.

Por supuesto, no son divisiones estancas: se pueden (y se suelen) mezclar, saltan de una a otra, o más bien se extienden como una neoplasia, reproduciéndose sin control e invadiendo zonas anejas. Así es como las pequeñas muertes se relacionan entre ellas, otorgando al caleidoscopio de la pérdida ángulos y colores inacabados. No resulta muy útil distinguir, en un afán citológico, entre las pequeñas muertes externas (como las muertes del otro) y las internas (como un cambio brusco en nuestra personalidad), ya que la identidad personal siempre la forjamos en contacto con el entorno (por no mencionar lo problemático que es hablar de exterior e interior: ¿dentro o fuera de qué?). Así que mejor refrenar las ansias de archivero y admitir que tales distinciones admiten muchos grises.

Sí podemos afirmar que no basta cualquier pérdida. Perder mi abono del metro no es una pequeña muerte (¡menuendo infierno sería vivir con tal afectación!). La pérdida a la que me refiero comporta un irreversible dejar de tener (algo) o un dejar de ser (alguien), experimentados con suficiente intensidad como para desencadenar un duelo. Tampoco toda muerte es una pérdida. El ejemplo de la muerte del completo desconocido del que sabemos por televisión, un número, algo demográfico, expresa bien esa muerte que no nos afecta

—en tercera persona, decía Jankélévitch—, algo banal, una muerte estadística.

Estudiadas las muestras, ya tenemos el resultado de la biopsia. El diagnóstico: «pequeñomurierte». Eso es lo que somos tú y yo. Una condición crónica y congénita que, bien tratada, no te impedirá llevar una vida buena, buenísima incluso. Ni siquiera es una enfermedad, aunque a veces la sintamos como tal. Que esto sea una biopsia y no una autopsia, nos dice algo: las pequeñas muertes son las muertes *en* vida, las que no acaban con la vida, las que nos obligan (vinculadas a lo sensible, al cuerpo, a la experiencia) a trasegar con ellas.

Ser «pequeñomurierte» significa que, como decían los clásicos, vivir es ir muriendo. Es tomar conciencia de que la pérdida, la pequeña muerte, está presente en cada etapa de la vida y no solo cuando la gran muerte se acerca. Séneca nos lo recordaba así: «En esto justamente nos equivocamos burdamente: en la percepción de la muerte como un acontecimiento solo del futuro. Gran parte de ella se encuentra ya tras de nosotros: cualquiera de nuestras épocas pasadas, es la muerte quien ya las posee».

La pequeña muerte se infiltra en la vida. Y lo hace de mil maneras. He imaginado como sería un museo que recoja algunas de sus variantes más comunes. ¿Te asomas conmigo a la galería de las muertes figuradas? En la planta baja veremos las muertes del otro, las que más a mano están. Subiendo a la primera planta, tenemos las muertes del «yo». Por último, la segunda planta reúne las muertes de nuestro lugar en la comunidad.

Adelante.